

GALLEGO CUIÑAS, Ana. *Las novelas argentinas del siglo 21. Nuevos modos de producción, circulación y recepción*. New York: Peter Lang, 2019.

Muy consciente de la imposibilidad de abarcar el estudio de un género cuyo dinamismo y variedad son evidentes, Gallego Cuiñas se concentra en la tríada de su subtítulo, aplicando un orden y objetividad francamente ausentes en la gran mayoría de estudios nacionales sobre su tema. La fluidez con que desarrolla sus argumentos, la facilidad con que coteja la documentación crítica pertinente, y la franqueza con que hace preguntas instauradas hace años y propone respuestas nada complacientes convierten a *Las novelas argentinas del siglo 21* en un vademécum muy necesario y justo en momentos de crisis interpretativas. Como afirma, aunque no necesite respaldarse en Barthes para expresarlo, no quiere «elaborar una historia de obras y autores argentinos de los últimos años sino *pensar* en los conceptos de “novela argentina” que conviven en la actualidad» (xiii, énfasis mío).

Uno de los hilos que incontestablemente enhebra a los capítulos es «la relevancia que cobra el lenguaje en esta nómina de novelas» (47), y al añadir «así como todo es ficción, todo es lenguaje» (47), se recuerda la atmósfera que Cortázar celebraba en el Néstor Sánchez de *Nosotros dos* (1966) a *Cómico de la lengua* (1973), o a la idea entre kristevana y derridiana de que todo es texto, talón de Aquiles de otro registro de novelas argentinas, como actualiza Gallego Cuiñas refiriéndose a Héctor Libertella, Puig, Fogwill «y en un punto con la de César Aira» (48). Entonces surge la cuestión de precisar la continuidad estética, especialmente en términos del *impasse* epistemológico de varios novelistas de las últimas dos décadas, y su crítica. Con un corpus de más de un centenar de obras, tan vasto como el de las asiduamente enredadas interpretaciones nacionales, la juiciosa solución para la crítica española es concentrarse en la narrativa de mujeres (tema de «Novísimas escritoras argentinas», cuarto y último capítulo), sin ser obsequiosa, revisando la mundialización materialista de

esa literatura (106-114), y proponiendo relecturas de la maternidad, el amor romántico y el feminicidio (117-126). Oloixorac (130-135), Harwicz (135-139) y Gainza (139-142), a quienes estudia inspirada y respectivamente en términos de los nuevos giros que le dan a los materialismos, feminismos y anacronismos, son, en efecto, punteras no sólo en su país sino para desarrollos y tendencias en la narrativa latinoamericana.

Su libro pregunta implícitamente hasta qué punto la crítica feminista de segunda ola trabajó para remplazar políticas materiales con meras políticas de reconocimiento, sirviendo «frecuentemente sin darse cuenta, como mucamas del neoliberalismo», visión de Joseph North en su polémica historia política de la crítica anglófona. Sin supeditar cuestiones de género, Gallego Cuiñas lleva a cabo una anatomía de pulsiones en que mente y cuerpo no concuerdan, concluyendo que «lo curioso es que ninguno de los textos, hasta la fecha, ha sido leído por la prensa o la crítica como feminista» (142), aserción que contesta positivamente su hipótesis inicial. Su enfoque cauteriza la noción de que el mercado neoliberal controla la oferta, demanda, subjetividades y sensibilidades colectivas; y por consiguiente la formación de agendas y movilizaciones identitarias (75), cliché emitido por una crítica colonizada bien pagada en Estados Unidos, no por esta crítica. Los análisis del capítulo final son fieles a las directrices del tercero, «Mediadores de la literatura argentina mundial», que pormenoriza el método anunciado por su subtítulo. Gallego Cuiñas ha compilado o editado libros y números de revistas sobre esos temas, así que con conocimiento de causa prueba que es aconsejable leer las opiniones de críticos que no son del país de uno.

Una hipótesis del tercer capítulo, que «ciertas editoriales independientes funcionan como mediadoras de la tasación del valor de la narrativa argentina en el sistema literario mundial» (65), contiene muchísima

razón. Sin embargo, en la concreción de la entrada a ese sistema vale matizar la recepción de Bjerman, Dimópulos, Libertella, Lamberti y Selva Almada (la mejor entre ellos) como corpus ideal, especialmente cuando Schweblin, Pron y Fresán (en ese orden) tienen mayor acceso a la traducción y recepción anglofonas que tanto importan para la literatura mundial, cuya problemática Gallego Cuiñas resume con autoridad. Por esa realidad vale tener en cuenta que Piglia sigue sin traducciones al inglés en editoriales de prestigio similar al suyo en Iberoamérica, mientras Harwicz es reseñada en *The New York Review of Books*, Schweblin en *The New York Times* o *The Times Literary Supplement*. Por otro lado, las novelistas en que se concentra, *mutatis mutandi*, exigen un análisis comparatista con la dominicana Indiana, las mexicanas Luiselli y Nettel, la cubana Guerra, y en un menor grado con la ecuatoriana Ojeda, para quien Harwicz es una maestra.

El segundo capítulo analiza los comienzos inmediatos de la novela nacional, con base en nociones de Said, coadyuvada por otras algo encontradas de Sarlo, Ludmer y Safta acerca del paso de la sustitución política a publicaciones signadas por el mercado. Esa condición, que en otras partes he llamado «la condena de la edición nacional», se esclarece con la exhaustiva atención que Gallego Cuiñas le presta a las editoriales independientes, giro que de algún modo confirma que el independentismo difícilmente puede pasar al sistema mundial. El hecho es que de su muestra persisten las novelas de Oloixarac, Haviolio, Cabezón Cámara (en estos días en la delantera de la recepción); junto a editoriales como Entropía, Mansalva (que existe gracias a Aira), y la nacional y críticamente ensimismada Eterna Cadencia. En ese contexto Gallego Cuiñas sigue sabiendo por quién apostar, sin mediadores del país que le ocupa. Consecuentemente el análisis de la sección «El diálogo con la tradición» (32-39) es magistral, y si las secciones dedicadas a problemas del lenguaje (39-47, 47-50) encajan magníficamente con la crítica conocida sobre el tema, vale preguntar si el abandono de argentinismos, especialmente el voseo, será determinante para la entrada a la literatura mundial, porque las traducciones tienden a neutralizar ese tipo de habla para novelistas noveles no establecidos.

Si es comprobable que la novelística argentina es la más visible y frecuentemente lograda de las Américas, un crítico no puede cubrir toda la producción, y eso lleva a no ver el bosque por los

árboles, porque hay y ha habido otros sudamericanos y mesoamericanos radicados en la España que sigue dando acceso a la esfera mundial. Otro impedimento es que hoy la crítica tiene que traducir tradiciones culturales y lidiar con mensajes cifrados innecesariamente. Es muy valioso dedicarse a un inmenso acervo de lecturas de textos primarios, y tratar de conjugarlas con otras de textos críticos pertinentes, pero en la crítica universitaria es más y más preferible expresar directamente cómo uno se da contra lecturas inhóspitas del cambio de siglo que no inspiran ninguna concreción. Por eso Gallego Cuiñas, cautelosa lectora de novelas y sus críticos, tiende a revelar, no oscurecer, y a encerrar su imaginación proteica con base en novelas que en ciertas ocasiones expresan identidades provincianas. En ese sentido *Las novelas argentinas del siglo 21* está muy bien pensado, mucho más allá de las dudas filológicas y deudas materialistas que expresa su autora en su demasiado modesto Preámbulo.

Ahora, resulta que también se dedica a un sinnúmero de temas acerca de los cuales solo puede ser somera en sus capítulos. En ese sentido, además de que paulatinamente se está convirtiendo en la mayor crítica de referencia entre los latinoamericanistas españoles, su examen de los talleres literarios a nivel latinoamericano (76-81, incluidos algunos impartidos en Estados Unidos) y de los argentinos en particular (81-85) es una gran contribución al estado del arte de la novela posterior a McOndo o el *Crack*. Si no distingue entre esa pedagogía o sus resultados, lo cual no venía al caso totalmente, aparece otra vez la sombra del resto de América Latina, desde la escuela de escritura del peruano-mexicano Bellatin a la del ecuatoriano Leonardo Valencia. No menos se puede decir de su repaso de las revistas y festivales literarios (87-94), en que sin duda la presencia argentina es más o menos permanente; y si se puede estar de acuerdo con la visibilidad que les atribuye, la legibilidad o importancia de muchos de ellos es más problemática (96). Aun así, es impresionante en sus repasos la a veces agobiante documentación con que Gallego Cuiñas se autoriza, legitimando más su empeño.

Lo que en última instancia descubre convincentemente este novedoso ensayo es que los novelistas analizados son motivados por más que la estereotípica pasión juvenil y desconfianza en la autoridad, que su mundo ético es más claro que el de sus mayores inmediatos, y que poseen cierta certidumbre moral que les permite arriesgarse más. ¿Qué pasa cuando,

a pesar de sus deseos o posturas, acceden al sistema literario mundial? Una respuesta se encuentra en la recepción muy viva del dúo Cortázar y Borges dentro y fuera de la Argentina; no en Sánchez, a quien se ha comenzado a reeditar recientemente. Otra respuesta yace en considerar qué va a pasar cuando se posee mayores velocidades críticas que contribuyen al llamado «capitalismo de vigilancia», al que se suman inocentemente los autodenominados autores

y «críticos» digitales instantáneos que quieren ajustar, convencer o modificar la escritura medida con la misma velocidad con que ellos desaparecen. Ese es otro libro, y con *Las novelas argentinas del siglo 21* Ana Gallego Cuiñas provee un modelo crítico para contender con esos cambios.

WILFRIDO H. CORRAL
Academia Ecuatoriana de la Lengua